

ques, vuestras caballerías, águilas de esos negros huracanes;

vuestros regimientos, semejantes á la hidra que serpentea, vuestros tonantes Austerlitz, vuestros Lepanto, vuestros Lutzen, vuestros Jena, al son del clarín, vuestros campamentos atestados de tambores que despiertan á la pálida muerte, pasan mientras él piensa, y producen en su oído el mismo rumor que un mosquito.

22 de Julio de 1854.

VIII

El filósofo llora, ama, intercede, ruega, piensa; con su enternecida pupila profundiza en el misterio, y comprende que allí llora alguien. Habla al infinito como Juan le hablara; inclina hacia él su alma, y por aquella abertura esparce un sombrío amor sobre la vasta naturaleza. Conforme anda, precediéndose á sí mismo, bendice á las profundidades de la obscuridad y del dolor, al antro, á la hierba, á los helados montes, á los torneados árboles, á las corrientes, á los imanes, á la ciega hidra de la fuerza, á los juncos temblorosos, á los bosques tristes, á las desnudas rocas, al aire, á la onda, al rebaño de monstruos desconocidos; inclinándose, consueta á lo que vive, á lo que sufre, y á los negros cautivos invisibles del abismo, diseminados en el horrible Ser de los espantosos matorrales, encadenados á las argollas ú oprimidos por los collares; oye los suspiros de las fúnebres visiones;

siente el estertor del espacio, el sufrimiento de las tinieblas; consueta y auxilia aun á lo que está por bajo del animal; tierno, hace bien aun á lo que siempre hiciera mal. Sin detenerse á mirar á quien redimen sus lágrimas, no siendo él á su vez sino un fulgor flotante del problema, arcilla, carne, larva, ora, y parece un rayo con los sombríos ojos abiertos en la expiación. El deseo de introducir la paz en todo es su fiebre sublime. Y camina, profeta ó no, ¡qué importa, después de todo, que su labio tenga ó no el fuego del amor celestial! Bien sabe que es oído, que basta ser bueno, y que los desterrados sueñan con el perdón, y:—¡Esperanza, esperanza! murmura cuando pasa cerca de ellos. Y todo sufrimiento es un confuso grito que pide algo á su corazón, que nunca rehusó á nadie.

Mientras que no se sabe qué de extraño y de feroz surge en las cunas, tiéndese en los sepulcros; mientras que el huracán sopla y en ciertos instantes la vida universal es un rugido, y en otros momentos todo aparece como una faz silenciosa en la que se borra el grito del abismo; mientras que la ola corre á estrellarse, y la lívida muerte atraviesa el firmamento distribuyendo el mundo á las calamidades, sus ministros, y los hoscos astros brillan siniestramente y todo parece temer un lúgubre abandono.—¡Paz, armonía, perdón!—exclama él sosegado. Y va repartiendo su piedad en la sorda extensión, en la sombra formidable ya desvanecida para siempre, en el dolor, en el enigma espantoso, en el horror; anda, y sin ver nada, perdido aunque iluminador, bajo la eterna bruma en negras olas esparcida, siente su mano lamida por lenguas en la obscuridad.

IX

¿Quién te dice que el mundo, siendo una negrura viva, no tiene, como tú mismo, hombre juguete del viento, el instante de sueño en que la bruma le cubre, pasado el cual su vertiginoso y sombrío ojo vuelve á abrirse? ¿No podría ser la noche del mundo el instante fugitivo en que la suerte envolviera los vagos siglos negros de tu humanidad? ¿Sabes la hora? ¿Sabes si no eres un vano ser que llora y se deforma y no es, en realidad, mientras la muerte llega, sino un sueño en la frente del universo que reposa? He ahí el hombre. ¿Quién dijo que el ser humano es sublime? ¿Quién exclamó:—El hombre es un ínfimo espectro? Es grande, es vil, lo es todo á la vez. Y como al moverse todo obedece á obscuras leyes, como en el universo nada se estaciona para el hombre, haga lo que quiera, venere ó blasfeme, siembre amor ó espanto, vivir es trabajar constantemente, teniendo en sí al ángel que resplandece y al asno que se revuelca, para tornar mayor á uno y más pequeño al otro. El malo alienta al asno y empequeñece el espíritu; el bueno, el justo, en quien el bruto se menoscaba, en quien prospera el ángel, es el que sin cesar aumenta su luz y reduce su bajeza.

Pero ¿cómo explicar ese lúgubre desconocido, ese ser encerrado en un poco de fango, ese ser prodigioso, monstruoso y triste, el hombre amargo, ignorando en qué mundo alienta, haciendo, como el globo horrible de que procede, de día y de noche, en vida y

muerte, en la materia y en el espíritu, esas dos sombrías moradas, su diaria revolución?

Gusano de tierra y fulgor, confinando de un lado, no se sabe por qué pureza, con el azul, y del otro, ignórase por qué crímenes, con la materia, ¡pensador! ¿Qué es el ser humano, el hombre? Uno entre dos abismos.

X

¡La filosofía es voraz! Necesita la idea con el hecho, la cosa con la palabra, lo conocido, lo desconocido, lo real, lo imposible; no puede dar un paso sin todo ese combustible; y agotándolo todo, ese pesado cachalote nada, boga, navega y se mantiene á flote.

Mira. Se está de marcha. Se huye á lo largo de las playas. Toda la Grecia ríe como un palacio invadido por los sueños. El ardiente navío que arrastra á través de la ola azul, lleva sus negros pulmones de hulla y su soplo de fuego, ve desfilar los cabos, los islotes, las caletas. Anda. Los pasajeros, que hablan todos los idiomas, agrupados en el puente del *steamer*, contemplan por la mañana un puerto sereno, por la tarde clavan la vista en el mar, que el sol poniente calienta al rojo obscuro, el archipiélago cuya agua ruge y que el escollo domina, el cono ya enfriado del volcán de Lemnos, y Creta, y los montes, que parecen almenas, y Corinto, y Micenas, en Nauplia, y los restos del templo de Erechtea, en la torre de los Cirrestas, y á lo lejos, en los montes Othris y Cnemis,

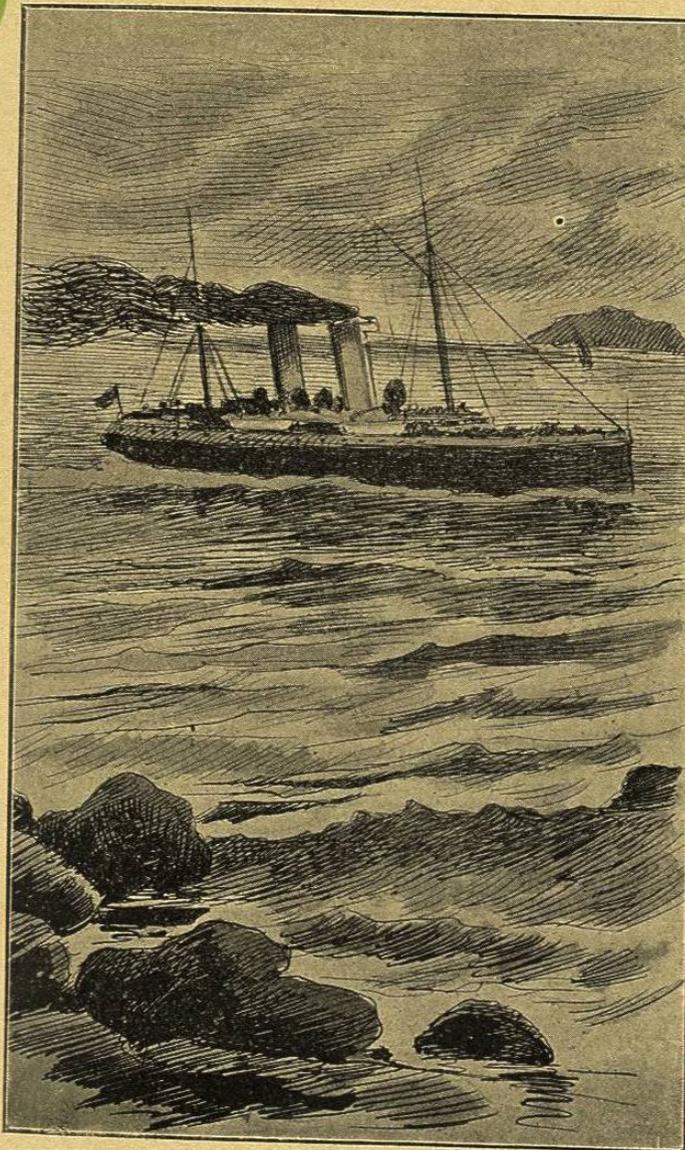
negros gigantes dormidos en la homérica noche. El barco anda, corre, rueda pala sobre pala; y es la costa de ópalo y es de nácar la ola y pasan los grandes horizontes, en los que se ve ó la rosada nube ó el sulfuroso relámpago; tras la isla sepultada viene la isla que surge. Y mientras tanto, la máquina devora montes de Newcastle y montones de Cardiff.

Así el espíritu humano, glotón aunque tardío, en su viaje en torno de los sistemas, consume la eternidad, el tiempo, la muerte, la vida y el hombre. ¿Y odo para qué? ¡Para no acabar el viaje!

Fuera el piloto; á un lado la brújula; imaginar en cada nube lejana una orilla abordable, atravesar lo impenetrable y sondar lo insondable; eso busca el esfuerzo humano cuando intenta investigar en el cielo. La filosofía vaga por el eterno y negro abismo. ¡Llegar á Dios! ¿Cómo? Ignora los caminos que á él conducen, y con frecuencia va por los oscuros espacios tirando su cargamento, falso y real, bueno y malo, á estrellarse contra el escollo infranqueable llamado Nada, roca negra en la cual, combatido por las innumerables olas de la duda, el enorme Spinoza agoniza encallado en la obscuridad.

XI

¿Quién pasa por encima de nosotros, ¡oh Dios de la sombra!, cuando, desnudos, yacientes, unos con otros confundidos, sin número, elevamos los ojos del fondo del sombrío calabozo, sin que nos sea posible



distinguir lo que camina en las alturas, y cuando, multitud siempre diezmada, nos estremece, y cuando, bajo la redondez del firmamento, aparece la aurora y uno tras otro alumbra con su frente que resplandece los días, arcos azules del puente de la noche?

8 de Abril de 1854.

XII

Los que hacen que la desgracia se apodere de los inocentes, y no se arrepienten de ello, quisieran una vez muertos salir de su sepulcro, justo Dios, y no podrán.

¡Ay! Grandes y pequeños, viejos y jóvenes, míranse unos á otros con ojos fúnebres, y en las tinieblas, el orgulloso rico se siente morder por el pobre envidioso.

Se escupe sobre Catón, se babea sobre Sócrates, el fuerte es bueno, el débil es culpable; se arrastra el desheredado, y la tierra es ingrata. Llueve, es de noche, duerme el niño.

—¡Arriba, niño! ¡Pronto á tu trabajo, que ya es hora!—Y él se va tristemente; no le detiene nadie; y el espantoso cielo, que solloza y llora, hiela con sus lágrimas al niño.

Las mujeres suspiran bajo el peso de leyes desiguales; y el hombre oye sus gritos de cólera sin

conmoverse más que si escuchara el canto de las cigarras entre el rastrojo de los rojizos surcos.

—¡Gracias!—dicen las impúdicas beldades, que, acudiendo á la invitación, tomaran parte en los festines de los opresores. Estremece ver aquellas Venus completamente desnudas, entre las almas desnudas igualmente.

Pueblo libre, ¿estamos realmente bajo tu cielo? Oid esos repugnantes ladridos; el negro huye de los perros monstruosos, y los hombres cazan á los hombres en los bosques.

Los oprimidos gimen así en los campos como en la ciudad... ¡Vete de ahí, oh gusano del sepulcro, y haz tu sombría tela en que queda presa el alma de los malos!

XIII

¿Pensáis en eso? ¡El Estado interviniendo en las cosas de la Iglesia! ¡Pero si los altares tiemblan donde vive el Estado! ¡Pero si el uno se escandaliza de lo que el otro hace! O establecéis la Iglesia dentro del sobajado Estado, ó bien, con otro atentado, deformáis la Iglesia, haciendo entrar en ella el Estado á la fuerza. Entonces todo se confunde. ¡La intriga dice la misa; entonces se va á confesar al crimen los pecados; entonces se agazapa en el altar, entre el cura y Dios, no sé qué cosa, triste y pequeña: es el Estado; es decir,

una amalgama inmensa de mil objetos vergonzosos; un montón de oro y de fango; el interés, enano repugnante; la intriga, demonio impuro que pone dobles sentidos entre los pliegues de un sermón; es el manto del rey que el cura se abrocha; es la Iglesia que presta su torre al telégrafo; es un conjunto vil, macilento, deshonrado, donde el profano vive subido encima de lo sagrado; entonces es el tabuco convertido en sacristía, es un festín culpable en el cual se come la hostia!

XIV

LA CIVILIZACIÓN

¿Qué entendéis, negros hormigueros, por lo que en vuestra obscura jerga llamáis civilización, desde el Ganges al Oregón, desde los Andes al Thibet, desde el Nilo á las Cordilleras?

Interrogad al eco de toda vuestra tierra. Pensad en Lima, en Cuba, en Sydney, en San Francisco, en Melbourne. Dais por civilizado á un mundo cuando á él enviáis una fiebre inmunda; cuando turbáis aquellos lagos, espejo de un dios desconocido; cuando violáis á su virgen, al bosque; cuando arrojáis del monte, del antro, de las orillas á vuestro sencillo y sombrío hermano el salvaje, ese hijo del sol de mil colores, especie de insensato de las flores y de las ramas; y cuando, arrojando de allí á aquel inútil Adán, pobláis el desierto con un hombre más

reptil, revolcado en la materia y la cupidez, duro, cínico, desnudo en otro sentido, idólatra del dios *dollar*, loco que se estremece, no ya por un sol, sino por una pepita de oro, que se intitula libre y muestra al mundo espantado la sorprendida esclavitud sirviendo á la libertad.

Sí, decís:—Reemplazamos á esos brutos; nuestro cúmulo de palacios desalojan sus montones de chozas; vagamos en plena luz humana; ved nuestros *docks*, nuestros puertos, nuestros *steamers*, nuestros vagones, nuestros teatros, nuestros parques, nuestros hoteles, nuestras carrozas. Y os contentáis con ser feroces en otro sentido. Gritáis:—¡Contemplad el progreso! ¡Admiraos! En tanto, llenáis aquellos campos, aquellos montes sagrados, aquella vieja naturaleza áspera y altiva, de almas que buscan oro, de perros que dan caza al negro; en tanto al hombre-león sucede el hombre-gusano, y el tomahawk (1) es reemplazado por el rewólver.

XV

Buenas gentes, cuidado con lo que habláis. Todo puede causar una palabra que se os escape. ¡Todo el odio y el duelo! Y no me objetéis que vuestros amigos son seguros y que habláis bajo. Escuchadme bien lo siguiente:

(1) Tomahawk, especie de hacha de guerra de los salvajes de la América del Norte.—(N. del T.)

Cara á cara, en zapatillas, á puerta cerrada, en vuestra casa, al oído de vuestro más sigiloso amigo, ó, si lo preferís, murmurad á solas, creyendo guardar silencio, en la obscuridad de una bodega á treinta piés bajo tierra, una palabra desagradable para un individuo cualquiera. Esa palabra, que os figuráis que nadie ha oído, que tan bajo dijerais en un lugar tan sordo y obscuro, apenas libre, corre, salta, échase fuera de la obscuridad. ¡Ved, ya está fuera! Conoce su camino, anda, tiene dos piés, un báculo en la mano, buenas botas ferradas, un pasaporte en regla; á ser preciso, tomaría alas como el águila. Se os escapa, huye, toma por la acera, atraviesa la plaza, etcétera; pasa el río sin barca en la estación de las crecidas, y á través de un dédalo de calles, va directamente á casa del ciudadano de que habéis hablado; sabe el número, el piso; tiene la llave; sube la escalera, abre la puerta, entra, se acerca, y burlesca, mirando cara á cara al hombre, dice:—Heme aquí. Salgo de los labios de Fulano.

Y queda hecho. Ya tenéis un enemigo mortal.

XVI

EPITAFIOS DE NIÑOS

I

¡Qué envidia te tengo, niño! Tu barca nueva zozobró en el puerto. ¿Qué hiciste para que tu vida mereciera tan pronto la muerte?

II

Entra en el cielo. La puerta es el sepulcro. El sombrío porvenir de los humanos, semejante á un juguete de excesivo peso, se te cae de tus manecitas.

III

¿Qué fué del niño? Lloro la madre, y el pájaro, chantre alado, canta. Cree la madre que está bajo tierra; el pájaro sabe que echó á volar.

XVII

LA IDEA DE LA GUERRA IMPORTUNA Á LOS DIVINOS

Los pensativos profetas están lejos de las multitudes, lejos de las ciudades que inunda el tumulto y el rumor; se sabe que están allá abajo, en sus sombríos estudios; desnudos en el fondo de las soledades, á su alrededor sólo se ven el sol durante el día y la obscuridad por la noche.

Ningún humano les sigue. Sople ó duerma el viento, su cabaña de juncos no atrae nunca al hombre; su espíritu se asemeja por la forma al lúgubre y gran desierto; el león, que á veces muestra su cabeza enorme, les ve pensar de lejos, y continúa su camino.

Y, sin embargo, he aquí lo que han dicho los pro-



fetas, cuyo ojo ve el porvenir y brilla en los sagrados lugares:—¿Hasta cuándo, turbados en el fondo de nuestros retiros, hemos de estar oyendo gritos y sonido de clarines y hemos de ver cómo los hombres huyen asustados?

14 de Julio.

XVIII

¡Cuidado con los hombres á quienes enviáis á los presidios! La cólera se torna en siniestra compañera. Aquel hombre, que naciera bueno, se torna malo. En su pensativo cerebro, que poco á poco se seca, la conciencia se extingue como una lámpara. Es la inocencia un temible fuego, que se arrastra, que germina bajo la pena injusta, que poco á poco llena de resentimiento, de amarga hiel, los corazones. Siente crecer dentro sí una infame hornaza en la que arde lo que en el alma había de más noble. ¡Qué espectro es un presidiario honrado, en el que se retuerce una rabiá á la que no se puede culpar! ¡El, el hombre honrado, en el abismo de vergüenza! A vosotros todos, si algún día puede pedir os cuentas, ¡oh, cómo castigará vuestro execrable yerro! Cuanto más virtuoso haya sido, más furor tendrá. ¡Ennegrecimiento extraño y terrible del cisne! No esperéis que se halle resignación en el inicuo presidio. Se atiza su odio con todos sus amores.—¡Venganza!—se dice al pensar en los corazones adorados, en los hermosos días, en el azul encantador de la vida inocente, en la madre, en la hermana, en la mujer, en la amante, en las cancio-